

Homenaje a Don Álvaro de Bazán y Guzmán

DISCURSO ALPER

Almirante Jefe de Personal de la Armada Don Alfonso Delgado Moreno





ÍNDICE

Efemérides	5
Discurso ALPER	7

Efemérides

Bazán “el Mozo” nace durante el reinado de Carlos V y muere casi en las postrimerías del de Felipe II. Es decir, su vida transcurre en la plena consolidación de la hegemonía española en el mundo, consolidación a la que él contribuyó de manera destacada. Sirvió a los dos reyes más importantes del siglo, por lo que podría calificársele como el almirante español por antonomasia de la época imperial.

El tiempo en el que vivió don Álvaro de Bazán **marcó la transición entre el final de la Edad Media y el comienzo de la Edad Moderna**, cambio que creó un panorama estratégico confuso en Europa. Nuestro país se veía entonces obligado a combatir en dos frentes, el europeo y el turco, y a defender los dos centros de gravedad de las comunicaciones marítimas, el mediterráneo y el atlántico.

La técnica naval militar tuvo que adaptarse a esta situación. Ante la creciente importancia de las rutas atlánticas, España se vio obligada a crear un nuevo tipo de buque para combatir en este escenario, - a lo que los Bazán, padre e hijos contribuyeron de manera esencial - continuando al mismo tiempo en el Mediterráneo con el empleo de las galeras, buque apropiado y tradicional en este mar.

Es en este nuevo y demandante entorno en el que se desenvuelve don Álvaro de Bazán, gran almirante de esta transición. Habiendo tenido su bautismo de mar con nueve años en las galeras de su padre, tuvo su bautismo de fuego con diecisiete, frente a los franceses en la ría de Muros.

A lo largo de su vida, de la que su profunda vocación marinera hizo un acto de servicio hasta el punto de carecer prácticamente de existencia privada, Bazán destacó en el mando de buques tan diferentes como galeones y galeras, en escenarios tan distintos como el Mediterráneo y el Atlántico, y contra enemigos tan variados como temibles. **En palabras de Lope de Vega: “el fiero turco en Lepanto/ en la Tercera el francés/ y en todo mar el inglés/ tuvieron de verme espanto”.**

El más grande marino español de su tiempo, y quizás de todos los tiempos, “tan prudente en el consejo como decidido en la pelea” según dice de él Fernández Duro, sobresalió como táctico y como estrategia, venciendo en batallas navales y en operaciones anfibias.

Personalmente valeroso, diplomático y preocupado por sus subordinados, **Cervantes lo describe en el Quijote como “...rayo de la guerra (...) padre de los soldados (...) venturoso y jamás vencido capitán don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz...”**

Quinientos años después de su nacimiento, su figura continúa siendo un modelo paradigmático de valores que no sólo siguen estando vigentes en la actualidad, sino que son profundamente necesarios. Y no sólo para los miembros de la Armada, que de acuerdo con las Reales Ordenanzas tenemos con él un deber de gratitud y para quienes su ejemplo debe ser un motivo de estímulo para la continuación de su obra, sino para toda la sociedad. El verso de Lope **“Rey servido y Patria honrada”** expresa de manera inmejorable la síntesis de esos valores de espíritu de servicio, lealtad institucional y compromiso con España, tan deseables en todo ciudadano, civil o militar.

Por dichas razones, la celebración del quinto centenario de su nacimiento es una magnífica ocasión para poner de nuevo en valor su figura, y que su memoria siga ocupando un lugar de honor en el imaginario colectivo de nuestros compatriotas, además de recordarnos a todos la época en la que España era la primera potencia mundial.





Discurso ALPER

Almirante Jefe de Personal de la Armada D. Alfonso Delgado Moreno

Homenaje a D. Álvaro de Bazán y Guzmán

ESCUELA NAVAL MILITAR

- 23 de abril de 2026 -

Excelentísimas e ilustrísimas autoridades civiles y militares; oficiales, suboficiales y dotación de la Escuela; damas y caballeros alumnos:

Quiero comenzar agradeciendo su asistencia hoy a este acto en honor de quien sin duda es uno de los grandes de la historia de España, uno de nuestros grandes marinos. Su presencia, en este patio de aulas que precisamente lleva el nombre de **don Álvaro de Bazán**, a los pies de su escultura y frente a esos versos de Lope de Vega, realzan este emotivo Acto. Muchas gracias a todos.



En el marco de la **VII Jornada Histórica de la Armada**, rendimos homenaje a una de las figuras históricas más importantes de España y de la Armada: **don Álvaro de Bazán y Guzmán, primer marqués de Santa Cruz, invicto capitán general del Mar Océano**. Y lo hacemos aquí, en nuestra muy querida Villa de Marín, donde tantas generaciones de marinos han aprendido que servir a España no es únicamente abrazar una profesión, sino asumir una forma de vida fundada en el **servicio, la exigencia, el ejemplo y el cumplimiento del deber**. No hay, por ello, escenario más apropiado para evocar a Don Álvaro Bazán, que el lugar donde la **vocación se temple, el carácter se forja y los valores se cimientan**.



La creación de la **Jornada Histórica de la Armada** nace, no solo de una voluntad conmemorativa, sino también del mandato de mantener viva la tradición militar española y de reconocernos herederos de quienes la forjaron con su servicio y, en no pocos casos, con su vida. Concebida para recordar y poner en valor el papel desempeñado por la Armada en la historia de España a través de sus hechos de armas, sus buques, sus dotaciones, sus unidades y sus héroes, de todos los cuales somos deudores. Su referencia fundacional se sitúa en la gesta del **3 de mayo de 1248**, cuando la **Armada de Castilla, al mando de Ramón Bonifaz, derrotó a la flota musulmana que defendía los accesos al Guadalquivir**, rompió el puente de barcas que protegía Sevilla y abrió el camino para la reconquista de la ciudad, en uno de los primeros hechos decisivos protagonizados por marinos españoles.

Este año, la **VII Jornada Histórica tiene como eje al primer Marqués de Santa Cruz, bajo el lema «D. Álvaro de Bazán, el mejor de los nuestros»**, con ocasión del quinto centenario de su nacimiento, el **12 de diciembre de 1526**. Su trayectoria, jalonada por acciones tan señaladas como Lepanto, las Terceras o su constante servicio al Rey y a España, explica sobradamente la elección de su figura como centro de una conmemoración que, por su significación, desborda el marco de un solo acto o de una sola semana y se proyecta, con pleno sentido, a lo largo de todo el año, y que **culminará en el mes de octubre con la celebración del Acto Central en la ciudad de Granada**.

Recordar a D. Álvaro no es limitarse a evocar un pasado glorioso ni encadenar una serie de victorias memorables. Es comprender a un marino excepcional que sirvió en una época compleja, exigente y decisiva; un hombre capaz de ejercer el mando con igual acierto en la guerra de galeras y en la navegación oceánica, tanto en las aguas cerradas del Mediterráneo como en la inmensidad del Atlántico; un marino de honor, inteligente, presto en el combate y de extraordinaria capacidad de servicio.

Esta Jornada nos invita a seguir difundiendo la contribución de la Armada a la historia de España y del mundo. Porque **«el mundo aprendió a navegar con libros españoles»**. España es uno de los escasos países en los que los hechos protagonizados por su Armada han trascendido hasta el punto de influir de manera notable en el devenir de la humanidad. Esa historia merece ser conocida, estudiada con rigor y ser transmitida y recordada. No para complacernos en ella, sino para comprender mejor quiénes fuimos, quiénes somos y qué responsabilidad nos corresponde mantener hoy.

Esta conmemoración encierra un mensaje de orgullo. Un orgullo sereno, consciente y exigente. No el orgullo superficial de quien se limita a admirar una gran figura del pasado, sino el de quien se sabe heredero de una tradición de servicio, valores y excelencia. Rendir homenaje a Bazán es un deber de gratitud. Pero también debe ser un estímulo.

Porque su legado no pertenece únicamente a los libros, a los archivos o a la piedra de los monumentos. Su legado interpela, compromete y obliga.

Damas y caballeros alumnos:

Permitidme que, llegados a este punto, dirija especialmente mis palabras a vosotros. Porque estáis en el momento de la formación en el que las referencias cuentan, y pocas referencias hay más fértiles que la de un marino, el Marqués de Santa Cruz, cuya vida resume con plenitud, las virtudes profesionales y morales que la Armada espera de sus oficiales.

No quisiera presentaros hoy a don Álvaro de Bazán como una figura remota, admirable precisamente por lejana, casi inalcanzable en su grandeza. Prefiero proponérselo como un espejo. Un espejo exigente, sí, pero también profundamente útil. Un espejo en el que mirar vuestra futura conducta como marinos de guerra. Porque hay hombres cuya memoria no se honra solamente recordando lo que hicieron, sino tratando de comprender qué principios hicieron posible su actitud vital.

Y esos principios, esos valores, son, en nuestro caso, bien conocidos: **honor, valor, disciplina y lealtad.**

Honor

El honor es la **primera divisa del marino**. No me refiero a una idea abstracta o ceremonial, sino a esa fuerza moral que obliga a obrar rectamente incluso cuando hacerlo resulta incómodo. El honor no consiste en decir siempre lo que agrada; consiste en decir, en conciencia, lo que el deber exige. No consiste en protegerse a uno mismo; consiste en proteger la verdad, la misión y la responsabilidad asumida. En definitiva, es actuar con nobleza e integridad.

Don Álvaro de Bazán dio prueba de ello en uno de los episodios más amargos de su vida. En los meses previos a la empresa de Inglaterra, sometido a una presión inmensa, sostuvo su criterio profesional ante dificultades reales de preparación, de logística y de salud de las dotaciones. En un ambiente de impaciencia, celos y acusaciones, mantuvo la entereza necesaria para no confundir obediencia con complacencia ni prudencia con debilidad. Aquello le costó incomprendimientos y, finalmente, un desenlace doloroso. Pero precisamente por eso su ejemplo es tan valioso. Porque el honor se prueba de verdad cuando tiene precio.

Vosotros, que un día tendréis que decidir, comprobaréis que el mando no consiste en repetir lo evidente ni en trasladar problemas al escalón superior para descargar la conciencia. Mandar exige criterio. **Exige hacerse responsable.** Exige, cuando llegue el caso, exponer con claridad lo que uno considera necesario para el cumplimiento de la misión y para la seguridad de los que tiene a sus órdenes. Ese es el honor del oficial: no el del gesto vacío, sino el de **actuar en pos de la verdad y la justicia.**

No olvidéis nunca que la Armada puede perdonar el error nacido del esfuerzo honrado y del juicio recto; lo que no puede admitir es la comodidad moral de quien, por evitar un disgusto o una incomodidad, renuncia a lo que sabe que debe hacer, o actúa sorprendiendo la buena fe de sus mandos y sus subordinados. Por eso, cuando hoy leemos frente a nosotros aquellos versos de Lope, comprendemos mejor el alcance de esa divisa inmortal: **«Rey servido y patria honrada».** En ella hay obediencia, sí, pero una obediencia digna; una obediencia al servicio del bien común, del deber y del honor.

Valor

El valor militar **no es la ausencia de temor.** Ningún hombre serio debe pretender eso. El valor es, más bien, la decisión de sobreponerse al temor para cumplir con el deber. Es firmeza interior. Es dominio de uno mismo. Es presencia de ánimo. Y es, en última instancia, la capacidad de estar donde uno debe estar cuando la situación se vuelve crítica.

Eso fue lo que mostró Don Álvaro de Bazán en Lepanto. En medio del estruendo, del humo, de la confusión del combate y del destino incierto de la batalla, supo esperar con sangre fría el momento oportuno. Y cuando llegó, acudió allí donde el combate era más duro, donde la presión enemiga apretaba más y donde el mando cristiano necesitaba apoyo inmediato. No actuó con ímpetu ciego, sino con valor inteligente. Y quizá esa sea una de las lecciones más útiles de toda su carrera: **el auténtico valor no es incompatible con la prudencia; al contrario, la completa.**

Pero Lepanto no fue su única prueba. En el Atlántico, en la batalla de San Miguel, frente a las Azores, y posteriormente la rendición de la isla Tercera, mostró ese mismo valor sereno que no se confunde con la temeridad. Allí hubo de medirse con una fuerza superior y sostener el combate en una situación de gran exigencia, sabiendo que lo que estaba en juego no era solo una batalla naval, sino el control de un espacio decisivo para España. Y volvió a hacerlo como tantas veces: sin alarde, sin vacilación y sin perder nunca el juicio. Ese es, quizá, el valor más difícil y más fecundo: **el que sabe afrontar el riesgo con resolución, pero también con cabeza.**

Se habla a veces del heroísmo como si consistiera solo en lo extraordinario, en lo visible, en lo que merece ser narrado después. Pero quienes hemos vivido la mar sabemos que **el valor se manifiesta muchas veces de forma más silenciosa**. Se encuentra en una guardia nocturna, en cada decisión, en el cumplimiento del deber cuando no hay aplauso, ni testigos, ni comodidad alguna. Se encuentra en esa soledad del puente de un buque en la que el oficial comprende que, por encima de todo, debe actuar.

Cultivad, por tanto, un valor sobrio. Sed prudentes puesto que la prudencia no es incompatible con la audacia. Evitad la temeridad, que es una forma de inmadurez. Evitad el postureo, que es una forma de vanidad. Fomentad el valor sereno que nace de la preparación, del dominio de sí y del sentido del deber. Ese valor que permite avanzar cuando corresponde, resistir cuando es necesario y mantener la calma cuando la situación invite a perderla.

Disciplina

Hay quien entiende la disciplina de forma pobre, como si se redujera a una mera obediencia exterior. En la Armada sabemos que es mucho más. La disciplina **es el cimiento de la cohesión, el orden que hace posible la eficacia y la fuerza interior que convierte un conjunto de individualidades en una verdadera dotación**.

También aquí don Álvaro de Bazán ofrece un ejemplo luminoso. En Lepanto no se dejó arrastrar por la precipitación ni por el desorden del combate. Gobernó su reserva con admirable juicio, esperando, observando y entrando en acción con oportunidad exacta. Esa forma de actuar revela algo fundamental: **la disciplina no es pasividad; es control**. Es saber mantenerse firme cuando todo incita a moverse antes de tiempo. Es saber entrar en el momento preciso, con la intensidad necesaria y con la misión perfectamente clara.

Esa misma disciplina se aprecia también en la campaña de Portugal. En la entrada en Lisboa y en el desembarco de Cascáis, el Marqués de Santa Cruz actuó como parte esencial de una operación compleja, en la que tan importante como la fuerza fue la coordinación, la medida y el exacto gobierno de los tiempos. Supo subordinar el lucimiento personal al éxito del conjunto, empleando cuando convenía la firmeza y cuando era necesario la diplomacia, para evitar que el conflicto se prolongara o se hiciera más costoso. También eso es disciplina de mando: **saber que no toda victoria nace del ímpetu, y que muchas se aseguran gracias al orden, la previsión, la preparación y la plena conciencia del propósito común**.

Pero la disciplina de Bazán no se manifestó solo en la batalla. Se muestra en esa capacidad tan rara de unir **visión estratégica y cuidado del detalle**. Porque un gran marino no lo es solo cuando maniobra frente al enemigo; también cuando prevé, dispone, organiza y deja menos espacio al azar. **Esa forma de disciplina, más callada y menos visible, es a menudo la que hace posible la victoria futura.**

A vosotros os corresponde ahora adiestraros en lo pequeño. En el estudio. En la puntualidad. En la policía. En la atención al detalle. En el máximo respeto a las normas, aunque no nos gusten. En el dominio del cansancio. En la exigencia sobre uno mismo. Todo eso puede parecer menor cuando se mira aisladamente. No lo es. De esa suma de hábitos nace el carácter profesional. Y sin carácter, ningún conocimiento técnico será suficiente para alcanzar vuestros objetivos con garantías.

Recordadlo bien: la disciplina fortalece el ejercicio del mando. Le da solidez. Ordena su iniciativa y la hace eficaz. Es, en definitiva, una condición de libertad profesional, porque solo quien se domina a sí mismo está en condiciones de mandar bien a los demás.

Lealtad

Y llego al cuarto valor, quizá el más humano de todos y, precisamente por ello, uno de los más decisivos: la lealtad.

La lealtad no es servilismo. La lealtad no es silencio cobarde. La lealtad **es fidelidad a la misión, al mando, a la Institución, de forma muy particular, a los hombres y mujeres con quienes se sirve, y, sobre todo, a España**. Es confianza mutua. Es saber que nadie queda abandonado. Es la certeza de que, cuando arrecia la mar o aprieta la misión, cada uno encontrará en el otro un compañero fiable.

De Don Álvaro de Bazán dijo Cervantes una expresión que encierra una verdad profunda: lo llamó «**padre de los soldados**». No es una alabanza menor. Es una forma de reconocer que en él había no solo capacidad de mando, sino también cuidado de los suyos. **Fue pionero en la atención sanitaria a las fuerzas embarcadas**, comprendió que el sostenimiento moral y físico de la gente formaba parte inseparable de la eficacia militar, y en sus últimos meses dio de ello una prueba definitiva.

Cuando la enfermedad golpeó a sus hombres, no los dejó solos. No se apartó de ellos. No se protegió a costa de otros. Colaboró personalmente en su atención y terminó contrayendo la enfermedad. Esa conducta, en la hora final de su vida, dice quizá más sobre su grandeza que muchas de sus victorias. Porque revela una verdad esencial:

el mando no consiste solo en ordenar, sino también en acompañar; no consiste solo en exigir, sino también en sostener; no consiste solo en conducir a otros al cumplimiento del deber, sino en compartir con ellos su carga.

Y esta es una lección capital para todos vosotros. Cuidar a quienes están a vuestras órdenes no es debilidad, ni concesión, ni sentimentalismo. Es liderazgo. Es cohesión. Es eficacia. Solo quien se preocupa sinceramente por su gente puede obtener de ella lo mejor. Solo quien genera confianza puede pedir sacrificio con legitimidad moral. Solo quien es leal a los suyos puede esperar lealtad recíproca.

Por eso me interesa tanto insistir en esta idea. **La Armada necesita** buenos profesionales, sin duda. Pero necesita también **mandos humanos, cercanos, exigentes y leales**. Mandos capaces de comprender que detrás de cada puesto hay una persona, una biografía, un esfuerzo y una familia. Y que precisamente por eso la exigencia militar debe ir siempre acompañada de justicia, conocimiento de la gente y un auténtico sentido de responsabilidad.

Caballeros y damas alumnos:

Si hoy os he hablado de estos cuatro valores no es por respeto a una fórmula, ni por cumplir una tradición, ni siquiera por subrayar unas palabras familiares para todos nosotros. Os he hablado de ellos porque estoy convencido de corazón de que, **sin honor, valor, disciplina y lealtad, no hay oficial de marina digno de tal nombre**. Y porque si ser oficial de marina merece la pena es precisamente por ellos. La figura de don Álvaro de Bazán os ofrece una de los mejores ejemplos posibles de lo que la Armada ha esperado siempre de los suyos.

Mirad bien a vuestro alrededor. Este patio, esta escultura, estos versos, esta Escuela, todo cuanto hoy nos rodea os está diciendo algo muy sencillo, pero a la vez muy exigente: la historia de la Armada no está terminada. No es una herencia para admirarla desde fuera. Es una responsabilidad para continuarla.

Muy pronto, quizá antes de lo que ahora imagináis, tendréis sobre vuestros hombros galones y responsabilidades. Mandaréis hombres y mujeres. Tomaréis decisiones bajo presión. Navegaréis con cansancio. Serviréis lejos de casa. Y entonces descubriréis que **la verdadera preparación** no consiste solo en saber mucho, sino **en saber quién se es y para qué se sirve**. Y que **la verdadera recompensa es la satisfacción del deber cumplido**.

Que el ejemplo del marqués de Santa Cruz os acompañe en vuestras singladuras. Que su memoria no os impresione solo por la grandeza de sus hechos, sino por la rectitud

de su conducta. **Que os enseñe a servir con humildad, a mandar con justicia, a exigir con nobleza y a cuidar de los vuestros con lealtad.**

Y que cuando, en los momentos difíciles, busquéis una referencia clara y firme, recordad estos versos, los de Lope, los que resumen una vida entera en muy pocas palabras. Los que hoy nos contemplan en este patio y nos inspiran a mantener su legado y emular sus virtudes. Los que entrelazan los valores que nos distinguen como oficiales de la Armada con el Servicio a España en una sola estela.

Muchas gracias.

*“El fiero turco en Lepanto,
en la Tercera el francés,
y en todo el mar el inglés
tuvieron de verme espanto.
Rey servido y patria honrada
dirán mejor quién he sido
por la cruz de mi apellido
y con la cruz de mi espada”*

*- Lope de Vega -
(1562 - 1635)*

